

gio. Aquel árbol, á pesar de ser bastante grueso, presenta su tronco cubierto de nombres de individuos de todas las naciones que lo visitaron.

Por doloroso que me sea recordar las imágenes que ofrece el gran depósito de esclavos, referiré lo que ví, experimentando el horror é indignacion al mismo tiempo que excitan la justicia públicamente hollada, los derechos mas sagrados del hombre conculcados y su dignidad de ser racional vilipendiada del modo mas ignominioso. Lo que sucede en el Cairo es lo mismo que ví en Alejandría, lo mismo que se ve en Constantinopla y en todas las grandes ciudades del imperio otomano. Atravesando callejuelas estrechas y sombrías y un bazar donde se hacen los contratos de esclavos, llegué á un grande y antiguo edificio, cuyo interior, semejante á una plaza, está rodeado de salas bajas, sucias y poco ventiladas; algunas puertas de estas estaban abiertas, y mirando para dentro se veían muchachos de los dos sexos, desnudos y echados sobre la tierra: el mismo espectáculo ofrecían ciertos grupos de estos seres infelices que se percibían en diferentes puntos de aquel gran patio. Mas de quinientas personas puestas en venta encerraba aquel dia este depósito, y en ninguno de tantos individuos dejé de notar la afliccion y el dolor mas vivo, mezclado en no pocos con la desesperacion. Pocos hay que tienen todavía veinte años, y ninguno que pase de veinte y cinco. El malísimo alimento, el cruel trato, la afliccion y la penosa travesía que hacen ántes de llegar al Cairo acarrea á muchos la muerte, que sin pena ven llegar. La mayor parte de los esclavos negros son traídos de Kordofan, de Sennaar y de Darfur: estas caravanas conducen millares de individuos arrancados sin piedad de su patria, de sus afecciones mas queridas, de las costumbres en que se criaron, y sin responder á sus gritos y lamentos mas que con amenazas y castigos. Nadie podrá imaginar lo que sufren estos desgraciados, atravesando los desiertos en número tan considerable: jóvenes que parecían robustos y

niñas en la flor de su edad quedan caídos en la arena extenuados por el cansancio y la debilidad. El calor les abrasa, mueren maldiciendo á sus verdugos, y sus blancos huesos son presto reducidos á polvo por las pisadas de los Bárbaros, que conducen otras víctimas al Cairo por el mismo camino. Los de Darfur y de la Nubia, mas sensibles que todos los demas, se lamentan con mayor viveza, lloran sin consuelo á cada instante, y piden á cuantos ven que les saquen de allí y les vuelvan á su patria. ¡Qué importa que nadie entienda su lengua, si el dolor y las lágrimas explican una misma cosa en todos los idiomas! Pero esa misma pena que moverá á compasion á toda alma generosa, léjos de alcanzar para ellos la piedad de sus guardianes, les gana un trato todavía mas cruel, como si quisieran ahogar un dolor con otro nuevo, ó hacer ménos perceptibles los sufrimientos pasados aumentando los presentes.

Un inspector de la casa me llevó por todos los departamentos. « Este es, me decía, el de las que ya son madres, este el de los que no han cumplido todavía doce años; aquí están los de la Nubia, estos son de Darfur, y aquellos vienen de Abisinia y pagan en la cadena que soportan la bravura que les distingue, hasta el extremo de venir con nosotros á las manos alguna vez. Los de aquella sala son sanos y robustos, los de aquella otra de calidad inferior, y aquellos que juegan por el patio están ya destinados; irán á las casas de los grandes potentados, pues tienen una calidad que les da precio muy subido..... » La naturaleza se estremece contemplando semejantes espectáculos, y el pudor y la dignidad humana imponen silencio cuando se trata de referir sus pormenores. Yo distribuí unas pocas monedas entre aquellos desgraciados; mas aun no salía todavía del sitio, cuando ya otro empleado se las quitaba á viva fuerza. En la oficina principal se efectuaba la venta de tres muchachas blancas y dos niños negros de pocos años: todos cinco temblaban, iban á dejar una prision insoportable; mas, ¿quién

podria asegurarles que su suerte de por vida no seria igual á esta? — Un comprador registraba miéntras tanto á su placer á aquellos seres infelices, miéntras que los otros disputaban á gritos sobre el precio, poniendo tachas al efecto como á cualquiera de las mercancías del bazar.

Conociendo hasta qué extremo de degradacion llega el hombre sometido por la adversidad y la barbarie á esta cruel y afrentosa situacion, sabrá apreciarse mejor la accion del catolicismo, que principia á sentirse en esos mismos lugares, empeñada en rescatar á unos y en aliviar siquiera la situacion de los demas, ya que no tiene arbitrios para romper las cadenas de todos.

Una casa de Trinitarios acaba de establecerse en el Cairo, y otra se establecerá presto en la Nubia : en 1853 han rescatado setenta y cinco niños, que fueron enviados á Europa para ser educados por diversas congregaciones. De esta manera un instituto que tan distinguidos servicios prestó á la Religion cristiana en la edad média y en la época azarosa de las guerras de España con los Moros, hoy se hace útil nuevamente ; y los que atravesaban el Mediterráneo para ir á ocupar el lugar de los cautivos que rescataban en Túnez y en Argel, hoy van al Egipto y á la Nubia buscando hombres que redimir de una afrentosa esclavitud. Á la Francia católica cabe el honor de esta gloriosa empresa, pues de su seno salieron los individuos que la han acometido, y que con la bendicion del Cielo y su abnegacion ejemplar la llevarán á cabo, no solamente para rescatar á los que soportan la esclavitud material, sino tambien á los esclavos de la ignorancia y del interes, que especulan en aquel tráfico inicuo.

Cuando Tébas dejó de ser corte de los Faraones, que trasladaron su residencia á Méfis, esta ocupó el primer lugar entre las ciudades de Egipto. Sus riquezas inmensas, su poblacion innumerable, sus palacios habitados por príncipes, sus monumentos de toda especie, sus instituciones avanzadas, su política ilustrada, el talento de sus soberanos

y la sabiduría de sus leyes le prometian una duracion eterna. Pero al mismo tiempo que envanecida por su esplendor se creía inmortal y todopoderosa, una voz que le echaba en cara los vicios que ocultaba bajo su ropaje de oro, le decia que caeria y caeria presto, que sus palacios serian reducidos á polvo y anonadadas sus estatuas gigantescas, que sus reyes perecerian, y que de Méfis toda apénas quedaria la angustia que sucede á la desolacion. Yo he atravesado el sitio de sus plazas y palacios, de sus templos y monumentos, de sus baños y jardines, de sus fábricas y talleres que asombraban, ¡sin encontrar ni aun escombros que detuviesen el galope de los asnos! He reconocido su grandísima extension desde Sákara hasta Gise, campos que le servian de grandes cementerios, y nada encontré fuera de esos montes colocados por la mano de hombres empeñados en halagar su vanidad hasta mas allá de la vida. Yo subí la gran Cheops (1), y desde su cima mi vista se esforzaba por descubrir alguno de los grandiosos monumentos de la orgullosa Méfis. ¡Trabajo vano! No veía sino los cementerios, que luchando con los huracanes viven para atestiguar que murió, y que reducida á polvo los vientos esparcieron este confundido con las arenas del desierto. No ví mas que esas ciudades de muertos, abiertas hoy por la avaricia de los hombres que turban la paz de los sepulcros para adquirir monedas en cambio de esqueletos humanos. Pisaba las cenizas de tantas dinastías, veía á mis piés reducida á la nada su grandeza, y del fondo de los salones sepulcrales que cubre esta enorme pirámide, me parecia oír salir una voz solemne que retumbando en los vecinos desiertos de Libia y de la Nitria dejaba oír : « El tiempo huye, los hombres pasan, Dios solo es eterno. »

No he visto imágen tan viva de ese movimiento á que vive sometido el hombre, como el que representan las arenas

(1) La mas alta de las pirámides de Egipto, que tiene cuatrocientos sesenta y un piés de altura.

del desierto movidas por el viento; parece que toda la tierra se conmueve y se trastorna, que los cerros varian de lugar, que las pirámides quedan sepultadas, y que el caudaloso Nilo va á desaparecer enterrado bajo los promontorios que arroja la tierra de su seno. Yo contemplaba este imponente espectáculo teniendo enfrente al desierto conmovido y á mis espaldas los silenciosos campos del Egipto; el viento azotaba la gran pirámide que hace cuarenta siglos ve morir dia por dia á su pié las olas de arena en que los huracanes amenazan sofocarla.



CAPÍTULO XXI.

Los desiertos. — Impresiones y recuerdos. — Contradiccion monstruosa: — Ruinas de Tébas. — Misiones del Alto Egipto. — Religiosos en traje de Árabes. — Vuelta á Alejandria. — Última reflexion sobre la Iglesia oriental. — Malta. — Origen de sus grandes monumentos. — Seminario protestante. — Exámen sobre sus misiones de la India. — Sus resultados comparados con los de la mision católica. — El obispo de Corfú, Malta y Gibraltar.

¡ Los desiertos del Egipto ! ved ahí una palabra que me habla con fuerza y dispierta en mi corazon imágenes llenas de poesía mas sublime que la de Homero , y que retrata la inocencia y el candor con mas perfeccion que los bellos cuadros cantados por Virgilio. Y no es el espectáculo imponente y majestuoso de las arenas conmovidas por el huracan , ni la aridez eterna que se percibe en los montes lejanos de Libia y de la Nubia , ni los bosques de palmeras que se encuentran en las oasis , sino otro que me dibujaban las riberas del Nilo y las soledades del desierto. No hay en la historia pasajes que revelen mejor el espíritu que animó á los cristianos primitivos como los que recuerdan aquellos lugares : la Nitria y la Tebáida se hicieron famosas , como lo fueron despues los páramos del Líbano y de Palestina , desde que millares de personas iban á esconder su inocencia entre las colinas , y á encomendar á las bestias feroces la defensa de un tesoro que los hombres se empeñaban en arrebatárles. La dignidad humana se enorgullece recordando cuadros tan bellos como el que ofrece la vida de estos ilustres solitarios.